

# EVOCACION APASIONADA DE JAIME BALMES

Por PEDRO ROCAMORA

**H**ACE treinta y ocho años la ciudad de Vich se vió empavesada con un júbilo multicolor y alegre de gallardetes y banderas. Cataluña entera vivió unas horas de luminosidad festival, mientras por sus ciudades pasaba la figura, amable y casi goyesca, de una encantadora y anciana Infanta de España. Conmemorábase el primer centenario del nacimiento del hijo ilustre de aquella ciudad: el polígrafo Jaime Balmes. Hubo entonces en Vich un ambiente amable de románticas evocaciones, de discursos academicistas, de fiestas y solemnidades, como si lo más florido de la sociedad catalana se hubiese querido congregarse, con aire de viejo sarao, en la intimidad grata y solemne de un salón familiar, con oro antiguo en los marcos de los espejos y brillo de luz en el cristal rutilante de las arañas.

En el año 1910, Cataluña conmemora el Centenario del nacimiento de Balmes en un clima de intranquilidad social y

política. Aún está abierta la herida del año nueve, en que Barcelona escribe con letras de sangre la historia de su semana trágica. Una lamentable demagogia verbal aturdió la conciencia del pueblo como en un confusionismo de babélica maldición. La vida política del Estado, entre los vaivenes de los partidos, se agotaba en la esterilidad, sin empresas de carácter nacional que asumir ni aspiraciones trascendentes en que inscribir el entusiasmo, vivo y despierto, de las muchedumbres. Había en aquella época, al lado del dolor de un pueblo, sometido a las inquietudes de la violencia, un espectáculo de infeliz caricatura en el que los subterfugios, las dobleces, las hipocresías del más viejo estilo político se encubrían bajo los reverenciales besamanos de las recepciones, mientras en los pechos, donde la vanidad humana se pavoneaba tras el brillo de las grandes cruces, latía el espíritu de la traición.

### *Paisaje histórico de España*

Si era lamentable el paisaje histórico de la España que conmemoró el Centenario de 1910, no menos digna de meditación era la perspectiva sobre la que se alzó la figura de Jaime Balmes. En la época en que la obra de Balmes logra su más cumplida madurez, el mundo sufre una decisiva crisis ideológica. Son los años en que la Revolución derroca la Monarquía francesa de Carlos X, y España se estremece hasta su más íntima raíz por las repercusiones anárquicas que le llegaban del otro lado de la frontera. La obra de Balmes tiene dentro de España, en función precisamente de esos acontecimientos internacionales, un significado simbólico: el de afirmar con ejemplar rigor un pensamiento de carácter nacional frente a la moda o a la novedad extranjerizante.

Los centenarios que el año 1948 celebró España corroboran, históricamente, este aserto. La figura del Padre Suárez cumple, en los dominios del pensamiento europeo del siglo XVI, misión, aunque de superior rango, en cierto modo análoga a la que Balmes realizara en la primera mitad del siglo XIX.

Más allá de nuestras fronteras, el fracaso político y espiritual del Renacimiento sumió en la más confusa desorientación a lo que hasta entonces era símbolo de la cultura de Occidente. El Concilio de Trento fué, sin duda, el vértice espiritual que debía marcar el punto de partida de la restauración moral de Europa. Y desde entonces, merced a la obra de Suárez, la filosofía, de presa y encadenada, volvió a ser libre; de dispersa, pasó a recobrar su auténtica unidad, y de enfermiza o decadente, recuperó aquel vigor y lozanía que había de hacerla incommovible frente a los avatares del tiempo (1). Pues si de la crisis del Renacimiento Francisco Suárez hizo que España saliese restituyendo en su ámbito jerárquico una doctrina metafísica que el confusionismo renacentista había intentado derribar, en la primera mitad del siglo XIX, Balmes representa la restauración ideológica —en los dominios de la filosofía y la política— de un pensamiento tradicional español por el que nuestra Patria podrá ofrecer al mundo los perfiles de una doctrina que, a partir de entonces, alcanzara rango de incommovible eternidad.

### *Balmes, Español*

En este sentido, nuestro filósofo tiene una proyección de acento español característico. El comprendió, «mejor que na-

---

(1) JOSÉ IBÁÑEZ MARTÍN: Revista *Pensamiento*. Número extraordinario dedicado a Suárez, pág. 3, vol. IV, año 1948.

die —como dice Menéndez Pelayo—, el pensamiento de la nación. Lo tomó por tema, y toda su obra está encaminada a formularlo en Religión, en Filosofía, en Ciencias Sociales, en Política. Durante su vida, por desgracia tan breve —añade don Marcelino—, pero tan rica y tan armónica, fué, sin hipérbole, el Doctor y el Maestro de sus conciudadanos». En el orden más vario del pensamiento humano, Balmes representa la voz del equilibrio y la armonía. En un siglo de dramática confusión para las inteligencias y los corazones, él devuelve al pensamiento hispánico el canon de su viejo clasicismo. La más importante virtud de este filósofo, es su valiente postura clásica, frente al fácil y ligero romanticismo de la época. Toda su obra está presidida por un solemne rigor antiguo que presta una ilustre nobleza a la alta aristocracia de su pensamiento.

Su espíritu universalista recorre el vasto horizonte de la vida española. Y como un alma privilegiada del Señor, que lleva la luz de su prodigiosa razón hasta los más oscuros confines de la inteligencia, su mente enardecida pone claridades de inspiración sobrenatural en los dominios tenebrosos del fervor o de la ignorancia.

Es cierto que Balmes fué, en algún modo, la voz que clama en el desierto. Pero siempre esas voces hallan eco en la conciencia adormecida de los pueblos. Y, poco a poco, España entera volvió sus ojos y el fervor de su corazón a la figura de este joven sacerdote admirable.

### *En el orden filosófico*

En el orden filosófico, Balmes tiene la inmensa originalidad de salvar el escolasticismo de su terrible desfallecimien-

to. Era la época de la Enciclopedia y de la Ilustración. Europa entera seguía ciegamente esta moda, derivada del afrancesamiento continental napoleónico. Sólo España tuvo, a través de la doctrina balmesiana, una postura de personalidad insobornable en la era dolorosa de nuestra desespañolización.

Lo característico en el escolasticismo fundamental de Balmes radica en la audacia intelectual y la independencia con que fué mantenido. Merced a esta soberana autonomía ideológica, los tiempos en que las corrientes de la nueva Filosofía habían puesto en trance de revisión las tesis tradicionales de la escuela escolástica, Balmes no solamente se atreve a restaurar lo fundamental de esa doctrina, sino que, además, enciende frente al mundo las luces iniciales de lo que luego había de ser la filosofía cristiana de nuestra época. Los falsos sistemas del modernismo habían desviado el pensamiento humano de las rutas eternas de la verdadera Filosofía. Balmes buscó ese eslabón final que enlaza la cadena del pensamiento filosófico —como diría García Morente— con la razón última de un Dios Infinito y Creador. En último término, eso era, en sustancia, la Escolástica, cuyos problemas, como antes los de la Patrística, eran, ante todo, problemas teológicos de los que nacían o se suscitaban cuestiones nuevas, ya de esencia y rango filosófico. Por eso, la filosofía medieval es radicalmente distinta de la griega, porque la actitud vital del hombre cristiano, con su concepto teológico de la creación, inaugura una nueva etapa para el pensamiento universal, en oposición al espíritu del mundo antiguo (1). Así, ha podido decir el autor de *Los Heterodoxos* que el único libro filosófico es-

---

(1) JULIÁN MARÍAS: *Historia de la Filosofía*. Edic. Rev. de Occidente, pág. 131.

pañol que presenta un esfuerzo propio e independiente para llegar a la verdad metafísica; el único que puede compararse con las obras de nuestros grandes pensadores de otro tiempo, con las que entonces se escribían en otras partes de Europa, es la *Filosofía Fundamental*, del pensador de Vich.

En estos momentos en que las doctrinas de Kierkegaard o de Heidegger conmueven el pensamiento europeo, permítansenos afirmar que uno de los méritos más excepcionales de nuestro filósofo fué el de servir de atadura a dos ciclos distantes en el campo del pensamiento. Nadie como Balmes ha sabido ligar los postulados de la vieja filosofía con los rumbos más modernos —que él sólo pudo entrever, intuitivamente y sin profanar su espíritu católico— del pensamiento contemporáneo. «Si no puedo ser filósofo sin dejar de ser hombre (1) —decía Balmes en su *Teoría de la certeza*— renuncio a la Filosofía y me quedo con la Humanidad.» ¿No es éste, acaso, un punto de asombrosa coincidencia con la tesis moderna, para la que el orden especulativo nada vale si no se sustenta sobre el principio de realidad vital que circunda la existencia viva del hombre?

Porque Balmes ha fundado su pensamiento sobre la certidumbre de la realidad humana, ha sido llamado el «filósofo del sentido común». Pero, por encima de todo, él supo anticiparse a aquella voz de navegante con que Ortega y Gasset titulara un viejo trabajo literario, gritando antes y con más razón que nadie: «Dios a la vista.» Como quien anuncia la proximidad de la tierra después del riesgo salobre de la galerna, Balmes puso la proa de todos sus barcos hacia un

---

(1) *Filosofía Fundamental*. Libro I, final.

codiciado continente en cuyo horizonte se dibujaba el alto promontorio de la divinidad (1).

Quizá por eso, cuando se descubrió a sí mismo, en el umbral irremediable de la muerte, pudo repetir aquellas palabras poéticas con las que Fray Luis de León había traducido uno de los más bellos salmos de la Iglesia:

*Alaba, ¡oh alma!, a Dios; Señor, tu alteza,  
¿qué lengua hay que la cuente?  
Vestido estás de gloria y de belleza  
y luz resplandeciente (2).*

### *Balmes, político*

La superación de la lucha de partidos es el augurio de un tiempo nuevo, que Balmes vislumbraba y que España realiza con admirable tenacidad frente a la intención torcida de los que tienen el alma desleal.

La ambición de Balmes, en este caso, se cifraba en «procurar que llegue cuanto antes el suspirado día de una reconciliación sincera de todos los españoles, acomodando a las necesidades de la época nuestras Instituciones antiguas; reparar, en cuanto sea posible, los males causados a la Iglesia; acelerar el restablecimiento de las relaciones con la Santa Sede para que caiga ese muro de separación entre potestades que deben vivir en íntima concordia; salir del camino en que no se encontraran sino insurrecciones y nuevas catástrofes; trabajar de una manera positiva y eficaz en fundar y consolidar un Gobierno superior a todos los par-

(1) Véase GARCÍA MORENTE: *Lecciones Preliminares de Filosofía*. Edic. Losada. B. A. Págs. 402 y 403.

(2) Cit. en *Obras completas*. Edic. B A C. Tomo I. Pág. 548.

»tidos que tienda su vista sobre todos los pueblos, que le-  
»vante su pecho para respirar el puro ambiente nacional y  
»no ahogarse en la estrecha región de mezquinas pasiones e  
»intereses particulares. He aquí —decía Balmes— nuestros  
»pensamientos y nuestros deseos» (1).

¿No causa insólita emoción el conjunto armónico de este programa nacional? Donoso, Vázquez de Mella y Balmes trazan los jalones milenarios de una política nacional, concebida con eterno acento español. Sus voces se alzaban a los cuatro vientos del mundo, alentadas por el impulso de la verdad. Y España, durante décadas inacabables de somnolencia, parecía no querer escuchar estos gritos de alerta, proclamados angustiadamente, como los del timonel que descubre su nave al borde del naufragio.

En este sentido es singularmente ejemplar la posición de Balmes respecto de la democracia. El amaba y comprendía las necesidades del pueblo y, en la persecución del bien común, aspiraba a alcanzar un máximo de inteligencia, moralidad y felicidad para el mayor número de ciudadanos. No era un demócrata puro, en ese sentido, formal y rigorista, en el que, bajo el nombre de democracia, se encubren tantos mitos y se realizan tantos crímenes contra la libertad. Hasta en esto el pensamiento del filósofo muestra asombrosos atisbos geniales. Balmes, monárquico, nunca tuvo fe definitiva en las Instituciones representativas creadas por la democracia. Defendió el Gobierno del pueblo, pero por los mejores. Y sólo aceptó la intervención del pueblo mismo cuando ésta se tradujera en beneficio auténtico para la nación.

---

(1) *Obras Completas*. Tomo XXVII, pág. 448.



No es indiferente en este momento recordar las dos formas de democracia que Balmes analiza (1). De una parte, la que se apoya en el conocimiento de la dignidad del hombre y del derecho que le asiste de disfrutar de libertad con arreglo a los principios de la razón y la justicia. Al lado de esta forma de democracia, noble y generosa, hay otra errónea en su fundamento, perversa en sus intenciones, violenta e injusta en sus actos, cuyo dogma fundamental es la negación de toda autoridad y cuyo resultado es la anarquía. Las dos democracias, la cristiana y la revolucionaria —decía Vázquez de Mella, glosando esta idea de Balmes—, lucharon siempre en la Historia y luchan más ahora y con sus propios nombres en el seno desgarrado de la sociedad presente. Y todas estas luchas no son más que el prólogo de la suprema batalla que reñirán después, en el triste ocaso, que ya parece que ha comenzado a teñir el horizonte del mundo de sangrientos colores (2).

Quizá el fruto más fecundo de esta hora fuera el de avivar en el alma de todos los españoles el recuerdo de estas doctrinas, que, escritas hace un siglo, cobran ahora una vigencia sorprendente y a las que la experiencia dramática del mundo actual asigna verdadero rango de profecía. ¡Democracia sin razón y democracia sin justicia! Qué serie infinita de atentados contra la dignidad humana se realizarán ahora bajo la máscara cruel de una falaz democracia en el extremo oriental de una Europa dolorida y ensangrentada. Con qué razón puede llamarse a Balmes el más alto intérprete de

---

(1) Véase en este sentido: ERNESTO LAORDEN: *Balmes, político*. Edic. Labor, páginas 136 y sgts.

(2) VÁZQUEZ MELLA: *Obras completas*. Tomo XIX, pág. 109.

la conciencia política española. Su genio multiforme, su capacidad magistral y pedagógica, su anticipación al resurgimiento de la filosofía tradicional, configuran la recia contextura de este apologista acrisolado del catolicismo, que supo sentar las bases —precursora y proféticamente— de una sociología cristiana y de una política práctica de esencia española como jamás en nuestra raza se había producido.

Jaime Balmes era la voz de alerta de un mundo en dramática desorientación ideológica. Quiso ser el clarín que, en la hora mañanera, convoca para las grandes empresas esperanzadoras y triunfales. El estaba ante un espectáculo en ruina, pero tenía decidida y tenaz confianza en la fuerza creadora y en el genio de su Patria.

Su noble pensamiento abrió, sobre un paisaje de tinieblas, un difícil camino de luz.

La vanidad de la razón humana ha repetido a través de los siglos la escena del Ángel paradisiaco, que se revela contra su Dios. Balmes es la inteligencia que busca en Dios la justificación trascendente del mundo y de la vida. Su obra es como una ardiente espada flamígera que, traspasando un horizonte de sombra infinita, se clavara, como una diana certera, en el corazón de la Eterna Verdad. Quizá ese mismo hallazgo fué la herida que traspasó su carne y que hizo efímera la historia de su vida en este amargo e incomprensible escenario de la tierra.

Pero un siglo ha bastado para que los españoles le digamos a Balmes que no ha sido infecunda su obra. Que por encima de los avatares del tiempo nos llega la resonancia de sus palabras, sobrias y precisas; el latido clásico de su pensamiento, que él —como nadie— supo sujetar escrupulosa-

mente al orden y al rigor lógico del canon y la norma. Un siglo ya. Pero cada día están más frescas y lozanas las rosas de su ingenio y en el alma de España, al abrirse otra vez las páginas de sus libros inmortales, hay como un perfume de primavera que ilumina los horizontes de nuestra pobre y fatigada razón.

